

Miguel de Cervantes y Granada
-4º centenario de la Segunda parte de Don Quijote-
(1615-2015)

Carlos Benítez Villodres
Málaga

La primera parte de la inmortal novela *Don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes Saavedra (Alcalá de Henares, 29 de septiembre de 1547-Madrid, 22 de abril de 1616, aunque fue enterrado el 23 de abril, y se conoce esa fecha como la de su muerte), fue impresa en Madrid en casa de Juan de la Cuesta, publicándose en dicha ciudad el 15 de enero de 1605. Esta primera parte, que consta de 52 capítulos, apareció con el título *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Sin embargo, la segunda parte, que consta de 74 capítulos, se publicó en 1615 con el título *El ingenioso cavallero don Quijote de la Mancha*.

Con el paso del tiempo, la importancia de esta novela, entre otros aspectos, radica en que fue la primera obra europea que desmitificó la tradición caballerescas y comedida de siglos anteriores. Cervantes logra esto al darle a su novela un tratamiento burlesco, ya que, con anterioridad, esta temática se basaba en un modelo o canon con unas reglas literarias sólidas, adherido a la figura de héroes fantásticos, que poco o nada tenían que ver con el mundo real. Obviamente, esta desmitificación la lleva a cabo Cervantes a través de sus personajes, ya que éstos son seres humanos reales con sus defectos, pasiones y vicisitudes, lo cual es imposible de asignar a cualquier personaje caballeresco. Por consiguiente, se puede afirmar que *Don Quijote de la Mancha* representa la primera obra literaria que abre camino a la novela moderna. Además, está considerada como la primera

novela o composición literaria armónica, es decir, su autor ofrece al lector múltiples representaciones de la realidad, por lo que esta obra siempre ejerció y ejerce, a partir del siglo XVII, un influjo esencial y decisivo en la evolución progresiva de toda la narrativa ulterior preferentemente la occidental.

Cuando se publicaron las dos partes de Don Quijote, Cervantes ya estaba casado con Catalina de Salazar y de Palacios. La boda se celebró el 15 de diciembre de 1584 en la localidad de Esquivias (Toledo), un pueblo de la comarca de La Sagra y rico en viñedos y olivares. Unión esta que fracasaría por los continuos viajes de Miguel, así como por el hastío de éste respecto a su vida conyugal, aunque la pareja mantuvo la unión sacramental hasta el fallecimiento de Cervantes. Anteriormente a su matrimonio, Miguel tuvo por amante a Ana Franca de Rojas (Ana de Villafranca), de la familia judía de Fernando de Rojas, y esposa del tabernero Alonso Rodríguez. Con Ana tuvo Cervantes su única hija: Isabel de Saavedra, nacida un par de meses antes de su casamiento con Catalina. Tras el nacimiento de Isabel, Cervantes se desentiende de la madre y de la recién nacida, reconociendo a la niña cuando ya tenía 14 años y reclamándola a través de su hermana Magdalena. Así, pues, Cervantes puso a su hija a su servicio y le dio su segundo apellido, Saavedra, lo que Isabel nunca le perdonó a su padre. Ello explica el tenso vínculo, que siempre lo hubo, entre padre e hija. Quizá Cervantes actuó así por temor a que su esposa Catalina se enterase de la existencia de esa hija. En cuanto a otro supuesto hijo de Cervantes, de existencia muy incierta, habría nacido en Nápoles en 1575 y muy poco se sabe de él, salvo que se llamaba Promontorio y se menciona en el capítulo VIII de su *Viaje del Parnaso*

junto con su madre, a la que Cervantes llamaba Silena. De este niño por datos sueltos de diferentes documentos parece ser que alcanzó la edad adulta y fue hombre de armas.

En los primeros días de junio de 1587, a los dos años y medio de casado, Cervantes deja Esquivias y Madrid y se marcha a Sevilla al conseguir un empleo de comisario real de abastos, bajo las órdenes del comisario general Antonio de Guevara. Este comisariado consistió en suministrar trigo y aceite y recaudar impuestos para los preparativos de la expedición naval contra Inglaterra, decretada por Felipe II.

Recién llegado a Andalucía, estuvo por primera vez en Écija el 20 de septiembre de 1587 con la intención de requisar todo el cereal disponible, pero el trigo ya se encontraba en los graneros del deán del cabildo de la catedral de Sevilla. Cuando procedió a requisar el cereal el clero hispalense lo excomulgó por vez primera. En 1588 volvió a Écija para requisar aceite, consiguiendo sólo la mitad de este alimento, lo cual le ocasionó la segunda excomunión. Ese mismo año apodera a Fernando de Silva Ayala y Monroy, VI conde de Cifuentes, quien solicita en su representación la absolución de dichas excomuniones, lo cual consigue. Otras localidades andaluzas visitadas por Cervantes, en calidad de comisario real de abastos, fueron Marchena, Carmona, Castro del Río, Teba, etc. En 1594, tras la desaparición de dicho sistema de requisas, Cervantes dejó este cargo público, aunque continuó en tierras andaluzas hasta 1597.

Durante los años que Miguel estuvo en Sevilla, vivió fascinado por esta ciudad, lo cual le permitió acumular un rico bagaje de experiencias,

base de sus obras de ambiente sevillano, como la comedia *El rufián dichoso* o, entre las *Novelas ejemplares*, *El celoso extremeño*, *Rinconete y Cortadillo* y *El coloquio de los perros*.

Concluida su etapa como comisario, Cervantes es requerido para recaudar, en distintos municipios de Andalucía (Guadix, Baza, Motril, Vélez Málaga, Ronda, etc.), dos millones y medio de maravedíes que debían estas localidades a las arcas reales. Tras múltiples peripecias, Cervantes depositó lo recaudado en la banca del comerciante Simón Freire, de Sevilla, la cual quebró y Miguel no pudo entregar los maravedíes recaudados en la Tesorería del reino. Este desaguisado llevó al escritor manchego, en septiembre de 1597, a la Prisión Real por orden de la Audiencia de Sevilla, obteniendo, a finales de ese mismo año, la libertad bajo fianza. Con la salida de la cárcel acabaron los servicios de Miguel a la Hacienda de Felipe II, aunque, según algunos estudiosos de Miguel de Cervantes, éste no abandonó Andalucía hasta el verano de 1600, dos años después de la muerte del Rey Prudente (13 de septiembre) en San Lorenzo de El Escorial. Tras el fallecimiento del monarca, se erigió en Sevilla un monumento dedicado al rey fallecido. Cervantes escribió a dicho catafalco el soneto con estrambote titulado **Al túmulo del rey Felipe II en Sevilla:**

Voto a Dios que me espanta esta grandeza / y que diera un doblón por describilla, / porque ¿a quién no sorprende y maravilla / esta máquina insigne, esta riqueza? // Por Jesucristo vivo, cada pieza / vale más de un millón, y que es mancilla / que esto no dure un siglo, ¡oh gran Sevilla, / Roma triunfante en ánimo y nobleza! // Apostaré que el ánima del muerto / por gozar este sitio hoy ha dejado / la gloria, donde vive eternamente. // Esto oyó un valentón y dijo: "Es cierto / cuanto dice voacé, señor soldado,

/ Y el que dijere lo contrario, miente". // Y luego, incontinente, / caló el chapeo, requirió la espada / miró al soslayo, fuese y no hubo nada. //

Durante las últimas correrías por determinadas poblaciones del último reino de Granada, Cervantes visitó Granada capital y, posiblemente también, la ciudad de Málaga. Pero fue Granada la urbe que más lo cautivó, que más lo impactó, dejando posteriormente esa atracción en el capítulo LXXII de la Segunda parte de *El ingenioso cavallero don Quijote de la Mancha*. Dicho capítulo lo tituló su autor *De cómo don Quijote y Sancho llegaron a su aldea*. En este capítulo Cervantes escribió que hallándose en la posada de su aldea, es decir, *En un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme*, (Esquivias), *no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo...*, tras su tercera y última visita a Barcelona y con el deseo de retirarse un año del oficio de caballero andante después de la derrota sufrida ante el Caballero de la Blanca Luna, se toparon con Álvaro Tarfe y con varios de sus criados en la puerta del mesón cercano a la aldea de don Quijote. Éste al verlo le dice a Sancho que cree haber reconocido a dicho señor, pues afirma que es el mismo que aparece en la Segunda parte de su historia, es decir, en el Quijote apócrifo de Avellaneda. Tras estas palabras, Sancho le responde que después, cuando se apea del caballo, se lo preguntarán, pero el caballero recién llegado le cuestiona a don Quijote: “¿Adónde bueno camina vuestra merced, señor gentilhomme?”. Y don Quijote respondió: “A una aldea que está aquí cerca, de donde soy natural. Y vuestra merced ¿dónde camina?”. Y el caballero le contestó: “Yo, señor, voy a Granada, que es mi patria”. “¡Y buena patria!”, replicó don Quijote. Seguidamente, éste le pregunta a dicho caballero si él es “...aquel don Álvaro Tarfe que anda impreso en la segunda parte de la *Historia de don Quijote*, recién impresa y dada a la luz del mundo por un autor moderno”, y

el señor respondió: “El mismo soy..., y el tal don Quijote, sujeto principal de tal historia, fue grandísimo amigo mío, y yo fui el que le sacó de su tierra o, al menos, le moví a que viniese a unas justas que se hacían en Zaragoza, adonde yo iba...”.

Ciertamente, don Quijote conocía Granada desde hacía tiempo. Y el recuerdo de la Ciudad de la Alhambra quedó, como una gratísima impronta, en su memoria.

Este diálogo entre don Quijote y Álvaro Tarfe me anima a decir que quien verdaderamente me conoce, desde hace más o menos tiempo, sabe que mi vida entera amamanta y acrecienta cada día el profundo e inmenso amor que siento por Granada, soberana de la felicidad, de claridades únicas y apasionadas, desde que la besé por vez primera, cuando la vida de un número significativo de personas es toda deseo y el deseo toda vida. Es esa etapa en nuestro continuo caminar, en la cual aún llevamos el alma virgen, el corazón rebosante de amor, anhelos y esperanza, y la mente se halla, con más o menos tesón, con más o menos interés, en la fase primera de la escalada hacia las cimas de las siempre abruptas sierras del conocimiento. Por cierto, nunca jamás coronadas por el ser humano, porque nadie ha logrado alcanzar en vida la sabiduría absoluta.

Algunas personas de mi entorno que son conscientes de ese mi gran amor a Granada, amor que anida y atesoro en mi corazón con suma complacencia, creen que porque ame a esta ciudad, a esta provincia de Andalucía, ello menoscaba, interfiere o ensombrece al que profeso a la

“ciudad del paraíso”, en donde vine a este mundo y en donde se hallan, hoy por hoy, los veneros que nutren copiosamente a mis ríos.

Al contrario, pienso y creo plenamente que mi amor por la mágica Granada engrandece y fortalece al que le tengo a Málaga, y que prendió en cada gota de mi sangre desde que la luz se hizo en el mundo de mi razón. Dicho esto, asevero que uno ilumina, enaltece y potencia al otro, y viceversa.

Cuando nos encontramos, por casualidad, en un lugar cualquiera o bien en algún evento, sea de la índole que sea, que se está celebrando en la capital de la Costa del Sol o en cualquier otra localidad de la provincia, e incluso fuera de ella, hay malagueños y foráneos que, conocedores de ese cariño especial, supremo, que todo mi ser siente por Granada, comentan que no entienden cómo yo sin haber nacido en Granada, ni haber vivido en ella, ni haber tenido en mi familia, por parte y parte, predecesores granadinos, propago a los cuatro vientos, tanto de forma oral como escrita, ese amor apasionado, ese enamoramiento de años y años..., esa veneración sin final por todo cuanto engloba y eleva a los cielos la sociedad y la tierra granadinas.

A quienes esto dicen, les manifiesto que pueden que sepan lo que es sentir ese amor puro, y ese cúmulo de sensaciones idílicas por espirituales, y esa luminosidad que te guía en todo momento de tu vida y que te hace ver con los ojos del alma -otros ni siquiera lo perciben- aquello que, aunque se creó sencillo, humilde..., el poder del amor, sin saber cómo, lo transforma en prodigioso sin dejar sus atributos de sencillez y humildad, y con lo que

es magnífico ya de por sí, lo disfruta y lo saborea como algo excelso, como algo claramente celestial. Pero es evidente que esto sólo lo pueden experimentar, aunque ignoren su inconmensurable valor, aquellos que son capaces de generar y dar sustancia de vida dichosa a cualquier hermano y hermana que junto a ellos caminan y sus corazones hablan el mismo idioma. A pesar de todo lo expuesto, algunos seguirán sin entender mi amor por Granada. Tampoco es para mí un trauma insalvable que me angustie y me machaque. Yo sé, de antemano, que estas palabras caerán en un gran número de corazones como gotas de rocío prestas a desaparecer. También sé que todos ellos son conscientes de que jamás he pretendido que comprendan, ni siquiera que lo intenten, el porqué amo a Granada, pues, si le digo la verdad, ni yo mismo lo sé. La amo y punto. La amo como se pueden amar dos enamorados en la cumbre de su amor.

Pero imagínese cómo pueden recibir estas mis palabras el hombre y la mujer que viven ajenos a una buena parte del mundo que les rodea. Hombres y mujeres que tienen sus sentimientos tan deteriorados, que sólo ansían acumular en sus chozas oro y más oro, cosechas de humo y más cosechas de humo. Seres humanos que nunca se detuvieron para mirar a los ojos de aquellos otros que se esfuerzan por cumplir el mensaje que exhalan estos versos: “Pero sigue cantando cada día. / Sigue y propaga lo que yo sentencio: / Amar es compartir alas y nido.” //

¿Comprenderán los cobardes guerreros de las tinieblas y de lo inhumano el significado de estos tres versos? ¿Qué lengua puede hablar un corazón totalmente rocoso, y gracias a ella asimilar todo lo que la bondad le comunica? ¿Qué pueden admirar unos ojos cegados por la mentira, la

envidia, la intolerancia, la codicia, la incompreensión...? ¿Qué manos, qué almas pueden dar lo que cualquiera necesite para tener todas sus necesidades vitales cubiertas o para mejorar su calidad de vida, si sólo hay en ellas cieno y cenizas, carroña y mohos amalgamados y, desde que vagabundean por el mundo, nunca se han afanado por deshacerse de esas podredumbres para así llenar sus almas, cuanto antes, de vida alegre, soleada y plena de serenidad?

Tal vez estas personas, cuando lean este texto, abran de par en par las puertas y ventanas de su vida para que por ellas penetre ese rayo de luz generosa, de luz vital, que sólo el amor immaculado lo forja, desde que el mundo es mundo, en el corazón de su propia existencia.

Así amo yo a Granada y Granada me ama a mí. No necesito más. Málaga, mi otro gran amor, lo sabe, desde el primer día, y me aplaude, dándome su bendición, además de su luz de vida, su gracia, su entusiasmo y su coraje de siglos.

Una vez más me encuentro, con el corazón lleno de resplandores de sonrisas y fragancias de azucenas, bajo el cielo de Granada. Después de bajar del Campo del Príncipe y de deambular por calles y plazas impregnadas de ese garbo y donaire tan típicamente granadinos, me he sentado placentemente en una de las terrazas que alfombran el Paseo de D. Andrés Manjón. Es una tarde primaveral la que se va deslizándose lentamente ante mis ojos. Una tarde serenísima, inmejorable, como ese mar que besa extasiado las idílicas playas de La Herradura, Almuñécar, Salobreña, Motril, etc., etc. Y en esta tarde tan plácida, surgen en mi mente

aquellas palabras que un día, hablando aquí en Granada con una amiga pintora y poeta, nacida en Florencia, le dije: “En Granada se sueña y se vive lo soñado”. O aquellas otras: “Sobre la piel de cielo de Granada nace el amor, crece la alegría, corre el agua y mueren las lágrimas”. Recuerdo que, mientras paseábamos, el chico que la acompañaba, Giuseppe, historiador e investigador, se recreaba en alabanzas a esta bendita tierra. Como íbamos paseando y a ellos les encantaba, comenté: “Pasear por Granada, queridos amigos, es como pasear por el corazón de la belleza”. Y añadí: “Cada rincón, cada calle, cada plaza de Granada..., es una musa para el poeta”. Entonces fue cuando la chica, Francesca, me preguntó: “¿Quién es tu musa o tus musas?” “Mi musa -le respondí- tiene el cuerpo de mujer y el alma de Granada. Ella me enseñó que, cuando en las noches granadinas hay en el cielo fiesta gitana de luna y estrellas..., dormir es perder el tiempo. También por ella supe que el embrujo de Granada sosiega las almas, enciende los corazones y crea poesía. Después de esto, yo os puedo afirmar con toda rotundidad que en cada una de mis “muertes”..., en Granada iniciaba una nueva vida”.

Los dos se interesaron por esta ciudad andaluza a raíz de leer “Al Sur de Granada” de Gerald Brenan. Aún no habían visitado La Alpujarra, pero tenían previsto pasar unos días en ella. Les hablé de Brenan, de su estancia en Yegen, del grupo de Bloomsbury, de sus libros, de sus últimos años de vida, de su muerte en la localidad malagueña de Alhaurín el Grande, de la donación de su cuerpo a la Facultad de Medicina de Málaga, de su enterramiento en “el Cementerio Inglés” de la misma ciudad..., y concluí: “Tras un brindis invisible por Granada, Gerald Brenan dejó su copa de

crystal viejo entre las profundas tinieblas de la noche sin final y entró, como un viento del Sur, en la mansión de la inmortalidad”.

Tras estas evocaciones, admiro una vez más la Alhambra allá en lo alto y, mientras la brisa serrana me acaricia dulcemente, susurro: “¡Granada! ¿Por qué te quiero tanto?”.

¡Granada!, tierra predestinada para ser, entre todas las del mundo, la más cercana al espíritu de quien se afana, cada día de su vida, en proporcionarle al hombre y a la mujer, desde el mismo instante que empiezan a vivir, el empuje necesario para lograr ser inagotable fuente de la felicidad humana. Ella es la que más profunda y cálidamente ama, arropa y encumbra tanto a los nativos como a los que no lo son, pero que un día, mientras se hallaban caminando por lugares lejanos, fueron, sin saber cómo, atraídos por su voz inmortal, entusiasta, y por la esencia siempre luminosa, acogedora y en continuo progreso de sus gentes. Mujeres y hombres que potencian rotundamente la valía de los frutos por ellos creados y perfeccionados, de donde mana, como un río de corazón limpio, un sentimiento, prodigiosamente eximio e íntimo, capaz de representar los enigmas del universo, imprimiendo, al mismo tiempo, en cada signo de nuestra existencia esa armonía y vivo contacto con el centro de lo infinito.

En verdad, Granada es un surtidor de poesía, una rosa inmaculada que liba transparencias de primaveras; un cántico floreado de besos y brisas; una clara mirada; un sueño. Granada, la quintaesencia del paraíso, engendra y nos ofrece día a día infinitas cosechas de amor venturoso y de pensamientos y de realidades nobles y solidarias con la garantía de su

propia cepa. Granada, razón de la belleza de cielo abierto y de la vida célica y creadora, enriquecida con innumerables dones misteriosos por divinos, dones excepcionales e insólitos que laten en su sangre andaluza, como repiques de campanas que nos conducen por todas las órbitas de la paz, de la belleza y de la bondad. Así es Granada y así la vemos y así la llevamos en nuestro corazón todos los que la amamos con la vehemencia del alma soleada. Por eso, siempre decimos y aireamos que este jardín del Sur encierra un sinfín de maravillas, un embrujo indescriptible que brota de los hondones de su ser mágico, y se expande hasta más allá de las cumbres de lo conocido. Es algo que ni usted ni yo podemos explicar, pero sí sentirlo en cada palmo de nuestro espíritu, mientras vamos al encuentro de ese nuevo amanecer que nos aguarda desde el principio de los tiempos.

Granada posee un magnetismo vital que se infiltra en la sangre de cada uno de sus hijos y en la de los peregrinos que la admiran e intentan, la mayoría de las veces con éxito, conocerla a fondo, y en ella se aposenta para donarle su personalidad extraordinariamente dotada por esa luz definitiva que nos crea, nos ama, nos protege y nos convierte en apóstol de sus encantos y de su sabiduría tan vasta y cautivadora como gloriosa.

Concluyo ya incrustando en el corazón de la humanidad estas palabras, flores de la Vega granadina y de Sierra Nevada: “El cuadro más maravilloso por Dios creado es *Un atardecer en Granada*” Un atardecer que hoy y siempre nos va a proporcionar la dicha más grandiosa para los que amamos a Granada: “Contemplar la Alhambra mientras se viste de luna”. Tengamos, pues, siempre presente aquellas palabras de Álvaro Tarfe

y don Quijote: “Yo, señor, voy a Granada, que es mi patria”. “¡Y buena patria!”, replicó Don Quijote.